

PIONERAS ILUSTRADAS, NO ILUSTRADAS

Conferencia en la Asociación de Vecinos Montes de Torrero y Venecia (Zaragoza)
6 de marzo de 2022 (con motivo del Día Internacional de la Mujer)

María Antonia Martín Zorraquino
Profesora Emérita de la Universidad de Zaragoza

1. Introducción

Buenos días a todos. A todos y a todas, por supuesto. Agradezco de corazón la cariñosa invitación a participar en este vermú feminista que festeja el Día Internacional de la Mujer que va a celebrarse el próximo martes 8 de marzo.

Muchas gracias a Alejandra especialmente, pues es ella la que, en nombre de la organización, ha entrado en contacto conmigo y me ha indicado el tema del que queráis que hablase. Tal vez os haya sorprendido el título: “Pioneras ilustradas, no ilustradas”. Es un título algo críptico, porque el adjetivo, o participio, que contiene *-ilustradas-* puede expresar diversos significados. Al menos tres. Recordémoslos brevemente. “Ilustrado, o ilustrada”, en singular, e “ilustrados, o ilustradas” en plural puede designar tres cualidades (remito al *Diccionario de la Lengua Española* de la Real Academia Española, en línea): a) dicho de una persona, ‘culto e instruido’; b) perteneciente o relativo a la Ilustración, movimiento filosófico y cultural del siglo XVIII que acentúa el predominio de la razón humana y la creencia en el progreso; c) cualidad representada por el participio de *ilustrar*, es decir: referido a una persona, ‘que ha sido dibujada, pintada, adornada, por ejemplo, con carboncillo, o al pastel, con lápiz, a tinta, etc.’.

Aclaro inmediatamente que no voy a referirme a mujeres que vivieron en el siglo XVIII, sino en el XX. Por tanto, no ha lugar a pensar en el segundo significado del adjetivo al que acabo de referirme. En cambio, sí hay una referencia clara a los otros dos valores de “ilustrado / ilustrada”.

En realidad, el título “Pioneras ilustradas, no ilustradas”, encierra un juego de palabras a partir del que da nombre a una exposición que se puede visitar hasta el 22 de abril en la Sala África Ibarra del edificio Paraninfo de nuestra Universidad (la antigua Facultad de Medicina y Ciencias), en la plaza Paraíso de nuestra ciudad. Esa exposición, que recoge una parte del proyecto *Pioneras*, apoyado por el Vicerrectorado de Cultura y Proyección Social, fue inaugurada por la vicerrectora Yolanda Polo el pasado 21 de diciembre. Constituye un interesante homenaje a 15 mujeres cuya biografía aparece recogida, dentro de la sala expositora, en el texto de una cartela, breve, clara y precisa, que explica muy bien cuál fue la trayectoria vital de cada una y las razones por las que son consideradas, en cada caso, pioneras ilustradas. En dicha exposición, además, la presentación biográfica de esas quince mujeres se acompaña, en cada caso, de dos cuadros que las ilustran: uno de ellos representa un retrato, o dibujo que las refleja, no necesariamente de forma fiel, sino más bien figurada, de acuerdo con la visión que de cada una de ellas tiene la artista que las ha recreado; el otro cuadro recoge algún símbolo de lo que fue su profesión, la tarea por la que reciben ese homenaje. De ese modo, la exposición festeja no solo a las quince pioneras aludidas, sino también a las artistas, también mujeres todas ellas, que, en la actualidad, destacan como pintoras, grabadoras, ilustradoras, dibujantes, fotógrafas, dentro y fuera de nuestra tierra, pero

con una actividad destacada dentro de ella. Voy a dar los nombres de las unas y de las otras.

María Moliner ha sido recreada por Beatriz Barbero; su hermana, Matilde Moliner, por Chica Con Flequillo; Carmen Rius Gelabert, por Inés Marco; Martina Bescós, por Vicky De Sus; Carolina Jiménez Butigieg, por Ester Laguna; Sara Maynar Escanilla por Harsa Pati; Amparo Poch, por Vera Galindo; Ángela García de la Puerta, por María Felices; Jenara Vicenta Arnal Yarza, por Coco Escribano; Concepción Diego Rosel, por Beatriz Entralgo; Antonia Zorraquino Zorraquino, por Erica con C; María Buj Luna, por Blanca Bk; Donaciana Cano Iriarte, por Eva Armisén; Dolores de Palacio y Azara, por Elisa Arguilé, y Áurea Javierre y Mur, por Laura Alloza.

He querido decir en voz alta sus nombres, los de las 15 pioneras y los de las 15 artistas que nos las hacen presentes en estos meses en Zaragoza. Y me gusta pronunciarlos bien fuerte en este vermú cordial en el que anticipamos el próximo Día Internacional de la Mujer.

Voy a referirme, pues, a algunas de esas pioneras ilustradas que acabo de citar. Siento no poder ocuparme de ninguna de las quince artistas mencionadas, que también merecerían un recuerdo esta mañana, pero el límite de tiempo me ha obligado a delimitar el contenido. De ahí que me refiera a las ilustradas y no a las ilustradoras.

Debo precisar también algo más. Para transmitir una imagen lo más veraz posible, voy a hablar solo de aquellas pioneras a las que conozco, bien por mi profesión como filóloga, bien por tratarse de personas directamente tratadas por mí y que me son especialmente cercanas y profundamente queridas, o bien por haber sido directamente amigas de mi familia, o de amigas mías, o incluso por haber sido estudiadas, analizadas, e incluso justamente reivindicadas por historiadoras y ensayistas a las que admiro y quiero mucho, según veréis enseguida.

Yo creo que vale la pena meditar sobre lo que supusieron y suponen aún hoy estas pioneras aragonesas del primer tercio del siglo XX, como ejemplo de realización personal y profesional, de afán de superación, incluso contra corriente, y de sentido de la responsabilidad y de la coherencia respecto al compromiso que implicó su decisión de realizar estudios superiores.

2. Pioneras ¿en qué?

Un pionero, una pionera es aquel hombre o aquella mujer que realiza los primeros descubrimientos o los primeros trabajos en una actividad determinada. Pues bien, las pioneras ilustradas que nos ocupan representan a las primeras mujeres que lograron ingresar en las universidades españolas. Dicho de otra manera, son las pioneras universitarias. Las primeras mujeres que cursaron estudios superiores en España, concretamente en Aragón: las primeras licenciadas en Letras, en Ciencias, en Medicina, en Derecho, que eran las Facultades clásicas en las universidades españolas a principios del siglo XX, en la Universidad de Zaragoza. E incluso las primeras mujeres que alcanzaron el título universitario más alto, o más distinguido que puede otorgar la Universidad, el de doctor, es decir: que fueron doctoras.

Ha de recordarse que el desarrollo de los modernos estudios superiores en España empezó a articularse propiamente de forma semejante a como se organizan actualmente en 1845, que es cuando se crea el Bachillerato. En 1857, la Ley Moyano supuso la articulación legislativa de toda la educación en España, la educación primaria, la educación media, la educación superior. Fue una ley no aplicada adecuadamente en muchos aspectos, pero fue una ley con voluntad reformadora claramente positiva. Algunos datos confirman lo que digo. Por ejemplo, las cifras sobre la alfabetización en España en 1887 (30 años después de promulgada la ley Moyano): alfabetizados: 24,35% niñas / 37,82% niños. Y posteriormente: en 1920: 44,49% niñas, 49,29% niños; entre 1920-1930, 67,42% niñas, 71,30% niños. La II República creó miles de escuelas, y aumentó considerablemente la escolarización gracias al aumento de escuelas y de maestros. En los años cincuenta es cuando, por primera vez, el porcentaje de mujeres alfabetizadas supera al de los hombres.

El esfuerzo de las primeras mujeres en realizar estudios universitarios es, pues, impresionante en España si revisamos las cifras mencionadas. Que las mujeres pudieran acudir libremente a la universidad fue posible gracias a la Real Orden de 8 de marzo de 1910 que autorizaba por primera vez y por igual la matrícula de alumnos y alumnas (una Real Orden que impulsó ya el Ministerio de Instrucción Pública –antes, la educación quedaba incluida en el de Fomento– y por la que abogó con insistencia la escritora Emilia Pardo Bazán). Así se abrió la puerta de la Universidad a todas las mujeres, las cuales habían visto muy difícil hasta entonces su acceso a los estudios superiores, ya que requerían de un permiso especial, solicitado, además, con la autorización de los padres y con el informe favorable de los futuros profesores, etc. (Fue así como Concepción Arenal pudo estudiar Leyes, o doña María Goyri de Menéndez Pidal, Letras).

Las pioneras universitarias aragonesas procedían de familias representativas de clases sociales diversas, si bien, mayoritariamente de niveles medios, de padres con profesiones liberales (médicos, abogados, químicos, etc.) o con pequeñas empresas, también maestros, o militares. Pero ni se trataba de familias llamativamente ricas, o nobles, ni tampoco de la clase trabajadora u obrera. Ambas ausencias (o carencias) se debían a motivos bien diferentes: en el caso de las familias nobles o muy adineradas, porque el hecho de que la mujer trabajara era considerado una degradación, o un disparate (opiniones, por supuesto, que eran sostenidas igualmente por muchas familias de clase media); en el caso de las familias de obreros o trabajadores con medios adquisitivos muy modestos, porque no se lo podían permitir: la matrícula y los estudios implicaban gastos importantes y, además, estas familias solían necesitar el trabajo temprano de los hijos para salir adelante.

Nuestras pioneras habían cursado estudios de bachillerato, normalmente a través de una matrícula en los Institutos Generales y Técnicos; a veces, acudían a colegios y academias privados, con la obligación de presentarse a los exámenes libres en el Instituto, y en algunos casos, veremos que su currículo escolar fue realmente complicado. En la mayoría de los casos nuestras primeras universitarias crearon familias felices, con hijos a los que impulsaron hacia una educación superior. No todas ejercieron una profesión al mismo tiempo que se ocuparon de su familia, aunque la mayoría de ellas sí lo hicieron. Eran responsables, delicadas, preocupadas por su apariencia personal (nada proclives al feísmo); eran *hijas de familia*, y compartían generosamente sus conocimientos entre ellas ayudándose en su estudio, las clases, etc.,

al tiempo que se comportaban con enorme naturalidad con sus compañeros, incluso si a menudo tenían que estar separadas de estos antes de entrar en la clase (en las salas destinadas a ellas, que, humorísticamente, los estudiantes denominaban *gineceo*). Tuvieron, en muchos casos, un apoyo claro por parte de sus familias (sobre todo, de sus padres, más que de sus madres), aunque algunas tuvieron que oponerse a ellos, luchar verdaderamente, para realizar sus estudios. Y también encontraron en los profesores del bachillerato un empuje hacia la enseñanza universitaria, y en los de la Universidad una acogida favorable, positiva y estimulante para su trayectoria académica y profesional.

3. Pioneras de Letras

3. 1. María Moliner Ruiz (Paniza, Zaragoza, 30 /03/ 1900 – Madrid, 22 / 10 / 1981)

Hija de Enrique Moliner Ruiz, nacido en Foz de Calanda, médico rural e hijo también de médico rural, y de Matilde Ruiz Lanaja, natural de Longares, sin estudios medios ni universitarios, pero culta, sin duda alguna, por su origen familiar (su familia poseía tierras en el Campo de Cariñena). El matrimonio tuvo tres hijos: Enrique, María y Matilde. Tras un breve paso por Almazán, en 1904 la familia se instala en Madrid y don Enrique se convierte en médico de barco. Impulsa (como era frecuente en las familias de médicos, según destacan algunos historiadores del siglo XIX) los estudios primarios, medios y universitarios de sus hijas y de sus hijos, en igualdad de condiciones.

A partir de 1904 los Moliner están ya en Madrid. Los niños comienzan sus estudios escolares y son alumnos de la Institución Libre de Enseñanza. Don Enrique Moliner se convierte en médico de barco, y, hacia 1912, en uno de sus viajes a la Argentina, abandona a su familia, se queda en ese país y allí funda otra familia. Los hijos, con su madre, regresan a Aragón, donde proseguirán sus estudios y vivirán en una finca en Villarreal de Huerva, y también en Zaragoza (en la calle Zumalacárregui, entonces llamada Avda. Central). Es, pues, una vida difícil, penosa económicamente, y dura, intelectual y sentimentalmente, por la ausencia, mejor, desaparición en vida, del padre. La personalidad de María Moliner se revela en ese momento con una fortaleza, serenidad, espíritu de superación e inteligencia extraordinarios. Dará clases particulares para ayudar a su familia y, sobre todo, colaborará en el Estudio de Filología de Aragón, del que llegará a desempeñar la figura de secretaria (había entre tres y cuatro) entre 1917 y 1922.

El Estudio de Filología de Aragón (EFA) fue una institución muy interesante y positiva que, sin embargo, desapareció a principios de los años 30. Fue fundado y dirigido por don Juan Moneva y Puyol, catedrático de Derecho canónico en la Universidad de Zaragoza y figura relevante en la Zaragoza de la primera mitad del siglo XX. Junto a don Juan Moneva se encontraban otros profesores de Letras (como don Domingo Miral, catedrático de Filología Griega y también de Historia de las Artes, extraordinario gestor), o de Derecho (como don Miguel Sancho Izquierdo, rector de nuestra Universidad en los años cuarenta –hasta 1955–). El EFA pretendía cumplir una función parecida a la del *Institut d'Estudis Catalans* o al Centro de Estudios Históricos (en Madrid), es decir, una institución que se centrara en la investigación de las lenguas, de la historia, de la cultura, del folclore, del derecho en Aragón, así como en el análisis de la sociedad aragonesa. Investigación y análisis vertebrados en proyectos concretos que debían tener, además, una repercusión beneficiosa para Aragón. En el terreno del estudio de la lengua, por ejemplo, el EFA emprendió dos proyectos especialmente

interesantes: A) la elaboración de un diccionario de aragonesismos (es decir, de palabras características, diferenciales, de Aragón, independientemente de su adscripción histórico-lingüística —el aragonés, el catalán o el español regional de Aragón—), con una metodología parecida a la que practicó el *Institut d'Estudis Catalans* para la confección del *Diccionari català, valencià, balear*, dirigido por Mosen Antoni Alcover: se pidió a los aragoneses de todo el territorio que enviaran fichas con las palabras empleadas en sus propias localidades que fueran propias de su forma de hablar. B) el otro proyecto que emprendió el EFA fue la revisión del diccionario académico en su edición de 1914. En ambos proyectos colaboró María Moliner, y consiguió, así, una formación y una experiencia muy notables en el terreno lexicográfico, las cuales pusieron la base de su dedicación a la lexicografía a partir de los años cincuenta.

Doña María cursó con total brillantez la licenciatura en Filosofía y Letras, en la sección de Historia (la única existente entonces en la Facultad zaragozana), entre 1918 y 1922, con un expediente cuajado de sobresalientes y matrículas de honor culminado con el Premio Extraordinario de Licenciatura. Pasó inmediatamente a preparar las oposiciones del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, de gran prestigio. Obtuvo plaza en 1922 en el archivo de Simancas, de enorme importancia por su riquísima documentación medieval. Dada la delicada salud de su madre, pidió traslado al archivo de Hacienda en Murcia. Allí conoció a su marido, don Fernando Ramón y Ferrando, catedrático de Física, con quien contrajo matrimonio, en 1925, en Sagunto, donde trabajaba su hermano Enrique (topógrafo) (sería en la posguerra profesor de Matemáticas en el colegio de Santo Tomás de Aquino, regido por don Miguel Labordeta, padre del poeta Miguel Labordeta y del cantautor y catedrático de Historia José Antonio Labordeta).

María Moliner y su esposo permanecieron cinco años en Murcia. Ella hizo compatible su trabajo de archivera con el de profesora de Historia en la Universidad (fue la primera mujer profesora de su Facultad de Filosofía y Letras). Y allí nacieron tres hijos del matrimonio: una niña, que murió a los pocos meses, y dos niños, Enrique (que sería médico en Canadá) y Fernando (que cursaría y ejercería la carrera de Arquitectura). En esos años finales de la década de los veinte, María Moliner, cumpliendo siempre sus funciones como archivera, mostró un creciente interés por el ámbito de las bibliotecas y su desarrollo, convencida de que la lectura es esencial para el desarrollo personal del individuo y las bibliotecas, un medio fundamental para la difusión de la cultura. De hecho, la política bibliotecaria iba a ser especialmente cuidada por la Segunda República.

A comienzos de los años 30, los Moliner se trasladaron a Valencia, don Fernando a la Universidad (como catedrático de Física) y doña María al archivo de Hacienda. La etapa valenciana en la vida de los Moliner fue realmente fecunda. Nacieron sus otros dos hijos, Carmina (filóloga) y Pedro (ingeniero industrial y luego catedrático de la Escuela de Ingenieros Industriales de Barcelona y de la de Madrid). En esos años doña María participó en las Misiones Pedagógicas de la República, llevando libros, reproducciones pictóricas a modo de museos ambulantes, teatro y cine a los pueblos más escondidos de España, para que sus habitantes conocieran la literatura y las artes y aprendieran a disfrutar con ellas. Sobre todo, durante la guerra civil, trasladado el gobierno de la República a Valencia, doña María se encargó de la dirección de la Biblioteca Universitaria, de la dirección de la Oficina de Adquisición de Libros e Intercambio internacional, y fue vocal de la Sección de Bibliotecas del Consejo Central de Archivos,

Bibliotecas y Tesoro artístico. Aunque han quedado como obras sin autor explícito, fueron redactados por María Moliner dos libritos esenciales: *Instrucciones para el servicio de pequeñas bibliotecas* y *Plan de organización de las bibliotecas del estado*, publicados en Valencia, respectivamente, en 1937 y en 1939.

Tras la guerra civil, doña María y su esposo fueron depurados. Doña María regresó al archivo de Hacienda y perdió 18 puestos en el escalafón de archiveros, bibliotecarios y arqueólogos, y don Fernando fue separado de la cátedra, que recuperó primero en Murcia, y luego, rehabilitado ya completamente, en Salamanca. En 1946, doña María pasó a la dirección de la Biblioteca de la Escuela Superior de Ingenieros Industriales de Madrid.

Cinco años después, María Moliner, con los hijos ya estudiantes universitarios y el esposo en la Universidad de Salamanca buena parte de la semana, comenzó a redactar el *Diccionario de uso del español*, que se publicó en dos tomos en 1966 / 1967, en la editorial Gredos. Es la pieza lexicográfica más original del siglo XX. Doña María falleció en Madrid, el 22 de enero de 1981, tras varios años de penosa enfermedad (una arterioesclerosis cerebral) que sobrellevó serena y dignamente.

3. 2. Matilde Moliner Ruiz (Madrid, 1904 – Madrid, 1990?)

La trayectoria de doña Matilde Moliner, hermana menor de doña María, fue, en buena medida, coincidente con la de esta. Sin embargo, comenzó los estudios de Filosofía y Letras (sección de Historia) en Valencia y los terminó en Zaragoza. Con un expediente también muy brillante.

A diferencia de su hermana, Matilde Moliner hizo oposiciones al Cuerpo de Catedráticos de Instituto, que aprobó brillantemente. Y fue una excelente catedrática en distintas ciudades, para terminar en Madrid, en el Instituto Cervantes, en el que coincidió con don Antonio Machado. Durante la Segunda República colaboró activamente en las Misiones Pedagógicas, desempeñando puestos de responsabilidad muy destacados en el Patronato de estas. Después de la guerra civil fue depurada, aunque recuperó su cátedra años después, aún en la década de los 40. Se doctoró en la Universidad Central en esos años.

Fue una excelente catedrática de Geografía e Historia. Publicó importantes libros de texto, inspirados en la metodología de estudio de la historia y de la geografía de la Institución Libre de Enseñanza, orientando a los alumnos a elaborar sus propios cuadernos de estudio, y de observación directa del paisaje. Su esposo, Juan Arévalo, también fue catedrático de Instituto de Geografía e Historia y publicó algunos libros en colaboración con ella.

4. Pioneras de Ciencias

4. 1. Donaciana Cano Iriarte (Santoña, 1894 – n/s, jubilada en 1964)

Primera mujer licenciada en Ciencias en Zaragoza en 1919. Se instaló con su familia en Zaragoza en 1900. Bachillerato con premio extraordinario en 1915. En septiembre de 1915, inició la carrera de Químicas en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Zaragoza. En aquel momento era la primera y única alumna de este centro. Como única

estudiante femenina en ese curso y también por su carácter y méritos, en febrero de 1916 es invitada a dar un discurso en la sesión inaugural del Ateneo Científico Escolar de Zaragoza: ‘Formación científica de la mujer’. Este texto fue publicado en el primer número de la revista del Ateneo. En junio de 1919, Donaciana terminó los estudios de Ciencias Químicas y se convirtió en la primera mujer licenciada en Ciencias de la Universidad de Zaragoza. A continuación, siguió estudios en la misma Universidad para la licenciatura de Física, que cursó de 1921 a 1923 aunque no la terminó a falta de los exámenes de dos asignaturas (cit. Josefina Pérez Arantegui, Univ. Zaragoza).

Probablemente lo dejaría para ocupar su plaza en el instituto de bachillerato de Huesca (actual Instituto de Enseñanza Secundaria Ramón y Cajal), donde comienza en 1923 como ayudante interina de la sección de Ciencias y donde seguiría como profesora de Matemáticas hasta su jubilación en 1964.

Mujer de carácter fuerte, potente voz, acostumbrada al mando, puntual y rígida, era a la vez comprensiva, amable y caritativa y muy religiosa, tal como se manifestaba en su juventud. De su dinero gastaba lo imprescindible y repartía lo restante según su criterio. Daba clases particulares y preparaba gratuitamente a quienes tenían interés por el estudio y carecían de medios económicos. (cit. art. “Pioneras de la Educación Secundaria en Aragón”). Durante mucho tiempo fue la única profesora del Instituto de Huesca, razón por la cual se convirtió en un destacado personaje de la vida social y cultural de la ciudad en la que dio numerosas conferencias.

4. 2. María Antonia Zorraquino Zorraquino (Zaragoza, 29 /03/ 1904 – 22/11/1993)

Su familia poseía una tienda de confitería, pastelería y comestibles (fabricaba también chocolate) y su padre estaba a favor de la educación de las mujeres. María Antonia asistió, desde los tres años, al Colegio Superior para Señoritas regentado por doña Rosa Casanave, donde aprendió, entre otras materias, francés y matemáticas. Realizó el bachillerato de forma complicada: tras el paso por el Colegio de Santo Tomás de Aquino, regentado por don Gerardo Mendiri, y, en algún año, con clases particulares en casa, siempre con exámenes por libre en el Instituto General y Técnico de Zaragoza, lo acabó como alumna oficial del Instituto General y Técnico de Zaragoza en 1921.

Inicialmente le interesaban más las ciencias, y cuando miró una gota de agua a través del microscopio en el laboratorio del doctor Rocasolano, amigo de su padre, tuvo claro que quería estudiar química, como explicó en una entrevista.

Se doctoró el 2/10/1929 en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Zaragoza con la tesis *Investigaciones sobre estabilidad y carga eléctrica de los coloides* y era la única mujer de su promoción, que tenía veintitrés varones, muy brillantes. Eran compañeros suyos: José María Albareda Herrera (catedrático de Edafología y primer Secretario del Consejo Superior de Investigaciones Científicas), Francisco Buscarons (catedrático en la Facultad de Farmacia de Barcelona y rector de esta), Juan Marino García Marquina (catedrático de la Facultad de Farmacia de Barcelona) y Lorenzo Vilas (catedrático de Microbiología de la Facultad de Farmacia de Madrid y director general de Enseñanza media, entre 1957-1962) , entre otros.

Desarrolló su trabajo en el Laboratorio de Investigaciones Bioquímicas bajo la dirección de Antonio de Gregorio Rocasolano. En 1931 se casó con Juan Martín Sauras,

catedrático de Química primero en la Universidad de Santiago de Compostela (1931-1935) y luego en la de Zaragoza (1936-1966), con quien tuvo tres hijos: Juan, que nació en 1932, María del Pilar, nació y falleció en 1933 y M.^a Antonia, que nació en 1948 y es catedrática de Lengua Española en la Universidad de Zaragoza. A pesar de que le habría gustado seguir con su trabajo en el Laboratorio de Química, su marido no consideró apropiado que una mujer casada trabajara fuera de su casa. Sobre todo, consideraba totalmente inaceptable que marido y mujer trabajaran en el mismo Departamento, en la misma Facultad.

4. 2. Jenara Vicenta Arnal Yarza (Zaragoza, 19 / 09 /1902 – Madrid, 27 / 05/ 1960)

Jenara Vicenta Arnal Yarza nació en una humilde familia; su padre fue Luis Arnal Foz, natural de Zaragoza, jornalero de profesión, aunque con posterioridad se dedicó a la reparación de pianos; su madre, Vicenta Yarza Marquina, natural de Brea (Zaragoza), se dedicaba a sus labores. Tenía dos hermanos: Pilar, que llegó a ser una gran pianista, estudió en París y llegó a dar conciertos en el Teatro Real de Madrid; y Pablo, catedrático de Física y Química, que perteneció al Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pero falleció siendo muy joven.

Su vocación la llevó a estudiar Magisterio en la Escuela de Zaragoza, obteniendo la titulación de Maestra de Primera Enseñanza el 3 de diciembre de 1921. Pero sus ansias de saber la llevaron a matricularse durante el curso académico de 1922-1923 en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Zaragoza, en la rama de Ciencias Químicas, en la calidad de alumna no oficial. Cursando el resto de los años de la carrera ya como alumna oficial, obteniendo la calificación de sobresaliente y matrícula de honor en todas las asignaturas. El título del Grado de Licenciada se le expidió, por el Rectorado de la Universidad de Zaragoza, con fecha de 12 de marzo de 1927.

Continuó estudiando para obtener el Grado de Doctor en la Facultad de Ciencias, Sección de Químicas, de la misma Universidad, cosa que logró a mediados de octubre de 1929 (título de 13 /12/ 1929).

Tras finalizar sus estudios, en 1926, inició su labor como investigadora en los laboratorios de Química teórica de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Zaragoza. Pero su investigación la llevaría a trabajar en otros centros tanto públicos como privados destacando: la Escuela Industrial de la misma ciudad, la Escuela Superior de Trabajo de Madrid, el *Anstalt für Anorganische Chemie* de la Universidad de Basilea (como pensionada de la Junta de Ampliación de Estudios), y el Instituto Nacional de Física y Química de Madrid (prosiguiendo y ampliando los trabajos iniciados en Suiza y Alemania, donde había ido a investigar sobre Electroquímica, en calidad de pensionada de la JAE entre 1929 y 1932). En 1929 entró a formar parte de la Sociedad Española de Física y Química, por su destacada labor investigadora tanto en España como en el extranjero.

Durante la Segunda República Española Jenara Vicenta Arnal estuvo trabajando en el Instituto Nacional de Física y Química en la sección dedicada a la electroquímica.

Cuando estalla la guerra estaba en Madrid y en 1937 sale de España y está un tiempo en Francia, de donde vuelve para entrar en la zona nacional. Tras la guerra pudo ejercer sin ser sancionada.

Siguió interesada durante la época de Franco en la investigación científica realizó diversos trabajos para el Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), además de formar parte del Instituto de Pedagogía San José de Calasanz y colaborar en el Boletín Bibliográfico del CSIC, dejando una gran huella su pensamiento científico, lo cual queda patente en publicaciones destinadas a los maestros e inspectores de Enseñanza Primaria mediante la Biblioteca Auxiliar de Educación.

En mayo de 1947 consiguió autorización para asistir al Primer Centenario de la *Royal Society* y al XI Congreso Internacional de Química Pura y Aplicada que se celebró en Londres en julio de ese mismo año; en diciembre la Dirección General de Enseñanzas Medias le dio permiso para realizar una misión en el Japón, como Delegada de la Sección de Intercambios del CSIC. A su regreso a España, Jenara Vicenta Arnal impartió conferencias y facilitó el intercambio de las publicaciones del CSIC con las de las Universidades y centros de alta investigación japoneses (más tarde marcha durante dos años al país nipón donde amplía sus estudios en química).

En julio de 1953 realizó un viaje para asistir al XIII Congreso Internacional de Química Pura que se celebró en Estocolmo y Upsala; y ese mismo año, en septiembre inició el que sería el último viaje a Europa por motivos de investigación, para asistir a la reunión del Comité Internacional de Termodinámica y Cinética Electroquímicas, que se celebró en Viena del 28 de septiembre al 5 de octubre.

A la pasión por la investigación se juntaba la pasión por la docencia, a la que dedicó también gran parte de su vida.

Ayudante de clases prácticas con destino a la cátedra de Química Analítica en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Zaragoza (1926-1927). Al tiempo estuvo encargada del primer curso de la asignatura de Química inorgánica, debido a que el catedrático estaba legalmente ausente. En el mismo año 1927 consiguió un contrato, como auxiliar temporal de la cátedra de Electroquímica y Ampliación de Física, en la misma Facultad, cesando el 9 de abril de 1930. A partir de este momento, y tras aprobar las oposiciones a catedrática de instituto, la que la convierte en la undécimo primera mujer española en conseguirlo y en la segunda catedrática en ciencias, tras Ángela García de la Puerta, se dedica a la enseñanza secundaria en institutos.

Su primer destino fue el Instituto Nacional Femenino Infanta Cristina, de Barcelona, desde 1930 hasta su supresión en 1931, donde ejerció de catedrática interina. En 1933 es trasladada como catedrática numeraria del Instituto de Segunda Enseñanza de Calatayud, luego consiguió la cátedra de Física y Química en el Instituto de Bilbao, del que pasó a Madrid por concurso de traslado y estuvo adscrita al Instituto Velázquez, desde 1935 hasta 1936. Tras retornar de Francia, fue adscrita al Instituto de Bilbao (1938?-1939), del que pasó a Madrid en 1939, al Instituto Beatriz Galindo, donde permaneció hasta su muerte.

Como docente se destacó por sus planteamientos pedagógicos sobre la enseñanza de las Ciencias Naturales y de la Física y Química, los cuales plasmó en un número

monográfico de la revista *Bordón*, publicada en 1953, dedicado a la enseñanza de las Ciencias Naturales.

Jenara Vicenta Arnal permaneció soltera.

Ángela García de la Puerta (Soria, 26/12/1903 – Zaragoza, 1992)

Estudió bachillerato en su Soria natal, consiguiendo el premio extraordinario en la sección de Letras. Estudió más tarde en la Escuela Normal de Maestras, perteneciendo a la promoción de 1920-22. Continuó sus estudios y se licenció en Ciencias Químicas, obteniendo el premio extraordinario en el grado de Licenciado, obteniendo su titulación el 12 de marzo de 1927. Su expediente de la carrera de Ciencias Químicas estaba totalmente cuajado de sobresalientes y matrículas de honor.

En la Universidad de Zaragoza (octubre de 1929, después de MAZZ y de JVAL) se doctoró en Ciencias Químicas, pasando a trabajar primero como ayudante y auxiliar en la propia universidad y más tarde consiguió ser catedrática de instituto, con plaza en un Instituto de Ciudad Real. Fue la primera mujer en ser catedrática de Física y Química de Instituto (oposición que ganó con el número uno en 1928) y fue la tercera Doctora en Ciencias de la Universidad de Zaragoza, siendo el título de su tesis: *Contribución al estudio de los potenciales de oxidación*.

Estuvo en comisión de servicios en el recién creado Instituto Femenino de Madrid y más tarde, en 1932, consiguió un traslado por comisión de servicios al Instituto Miguel Servet de Zaragoza (donde trabajaría hasta su jubilación en el año 1973) siendo nombrada secretaria a propuesta del Claustro, desempeñando el cargo hasta 1936, año en el que el rector de la Universidad de Zaragoza la nombró directora del mismo, permaneciendo en el cargo hasta 1942. Así, Ángela García de la Puerta fue una de las primeras mujeres directoras de Instituto de España y la única del Instituto femenino Miguel Servet hasta casi finales del siglo XX.

Además de su trabajo como docente, doña Ángela también trabajó en los Laboratorios de Química Teórica y Electroquímica de la Facultad de Ciencias y en el Laboratorio de Electroquímica de la Escuela Industrial de Zaragoza entre 1926 y 1928. En 1930 y 1931 trabajó en el Laboratorio de Electroquímica de la Escuela Superior del Trabajo en Madrid y en 1932 gracias a una beca JAE trabajó en la *Technische Hochschule* de Dresde.

En 1928 sus compañeros de la Facultad de Químicas le rindieron un homenaje junto a Genara Vicenta Arnal Yarza. Las dos eran compañeras de curso y excelentes amigas. Las dos fueron dirigidas en sus tesis doctorales por el catedrático don Antonio Rius Miró. También recibió un sentido homenaje de su ciudad natal, y la Diputación de Soria le hizo un importante regalo. Y tras haber ganado la oposición a catedrática de instituto y convertirse en la primera mujer en lograrlo, la Diputación Provincial de Zaragoza le entregó la medalla de la corporación.

Ángela García de la Puerta casó con José María Alfaro, ingeniero. Fueron padres de dos hijos, María Pilar y Manuel Alfaro García, ambos destacados profesores de la Facultad de Ciencias (Matemáticas) de la Universidad de Zaragoza. María Pilar, Profesora Titular y Manuel, catedrático.

5. Pioneras de Medicina

5. 1. Amparo Poch Gascón (Zaragoza, 15 /10 /1902 – Toulouse, 15 / 04 / 1968)

La escritora Antonina Rodrigo le ha dedicado varios trabajos. Sobre todo, un libro muy riguroso y excelentemente documentado. Y ha sido clave en todos los reconocimientos que ha recibido: tiene dedicada una sala en el edificio Paraninfo de la Universidad de Zaragoza, un Centro de Salud de nuestra ciudad lleva también su nombre y en la calle Madre Rafols hay una placa en la casa donde vivió y ejerció la medicina en los primeros años 30.

Hija primogénita de José Poch Segura y de Simona Gascón Cuartero. Tuvo cuatro hermanos, José María (1904), Fernando (1906) Josefina (1912) y Pilar (1912). En 1916 José Poch ascendió a teniente de pontoneros y tuvo derecho a disfrutar de una vivienda en los pabellones militares del Cuartel de Sangenis, Ingenieros y Pontoneros, en la calle Madre Rafols, 8. Amparo Poch tuvo una pequeña consulta para mujeres, niños y niñas en esa dirección. Amparo Poch se casó civilmente con Gil Comín Gargallo el 28 de noviembre de 1932 en Zaragoza. Entonces Gil tenía 33 años y trabajaba como oficial de banca. Era licenciado en Filosofía y Letras, Bellas Artes y Derecho. El matrimonio duró poco tiempo.

A mediados de los años treinta el compañero sentimental de Amparo Poch fue Manuel Zambruno Barrera. Era escritor, poeta y pertenecía al sindicato del metal de CNT. En julio de 1936 estuvo en el asalto al Cuartel de la Montaña. Fue redactor de la prensa confederal y corresponsal en los frentes de Madrid.

Entre los años cuarenta y sesenta su compañero sentimental fue Francisco Sabater.

Debido a la oposición de su padre a que estudiara la carrera de Medicina. estudió primero Magisterio en la Escuela Normal Superior de Maestros de Zaragoza entre 1917 y 1922. Se licenció con premio extraordinario en la sección de Ciencias.

Fue la segunda mujer en licenciarse en la Facultad de Medicina de Zaragoza. El 21 de septiembre de 1929 tomó parte en las oposiciones al Premio Extraordinario de licenciatura del curso 1928-1929, en el que los aspirantes eran 6 hombres y ella. Por sorteo salió elegido el tema *Valor diagnóstico del examen del líquido cefalorraquídeo*. Por unanimidad el tribunal otorgó el Premio Extraordinario de su promoción a Amparo Poch.

Tras la guerra civil, su padre intentó borrar todo su expediente académico. En el Archivo de la Escuela Normal Superior de Maestras de Zaragoza Amparo Poch aparece con el número 60 en el índice del libro 5824 del curso 1916-1917. Sin embargo, el expediente correspondiente a ese número desapareció y la hoja con sus datos fue arrancada.

En el Colegio Oficial de Médicos de Zaragoza desapareció la documentación de Amparo Poch, de la que solo se conservó una ficha por la que se sabe que fue vicesecretaria del Colegio de Médicos hasta 1934, fecha en la que se trasladó a Madrid.

Trabajó en la prevención de la enfermedad y en la promoción de la salud. Puso en marcha programas de educación sanitaria para mujeres obreras y desarrolló una gran labor en la sanidad infantil para reducir las altas tasas de mortalidad de la época.

En diciembre de 1931 publicó la *Cartilla de Consejos a las Madres* destinada a los cuidados que debía observar la mujer durante la gestación y la lactancia. Esta cartilla fue galardonada en el II Concurso de premios del doctor Borobio por su divulgación pedagógica en la protección de la infancia.

El 3 de mayo de 1934 se dio de baja en el Colegio de Médicos de Zaragoza y se trasladó a Madrid. Vivió en la calle Mayor, 71 y en la calle Hermosilla, 74.

En octubre de 1935 abrió una *Clínica Médica para mujeres y niños* en la calle Libertad, 34, en el barrio Puente de Vallecas de Madrid.

Atendió la consulta de la Mutua de Médicos de la CNT, del Sindicato Único de Sanidad, en el cual militaba.

Trabajó en el Ministerio de Sanidad con Federica Montseny como directora de Asistencia Social entre 1936 y 1937. Organizó una expedición de 500 niños refugiados a México. El 16 de marzo de 1937 dirigió una expedición de niños a Francia. Organizó la salida de niños a Rusia el 17 de marzo de 1937 en el barco *Ciudad de Cádiz*. Dirigió el proyecto de *Hogares Infantiles* que sustituyó los antiguos asilos y orfanatos y dotó de un hogar a los huérfanos de la República. Las divergencias de los comunistas, empujados por Stalin, en contra de trotskistas y anarcosindicalistas, llevó a que en mayo de 1937 terminase la colaboración de los cuatro ministros cenetistas en el gobierno de Largo Caballero. Amparo Poch es cesada el 3 de junio de 1937. El 3 de noviembre de 1937 se trasladó a Barcelona.

Desde el otoño de 1937 fue directora del *Casal de la Dona Treballadora* de Barcelona, donde se capacitaba a la mujer obrera con un programa cultural, profesional y social. Participó en la organización de hospitales de campaña y en la atención de niños y refugiados. A principios de febrero de 1939 cruzó la frontera por Camprodón-Prats de Molló. Permaneció en Prats de Molló hasta septiembre de 1939.

El 11 de septiembre de 1939 la prefectura del departamento del Gard en Nimes le extiende un permiso que le autoriza a vivir en Francia, pero le prohíbe trabajar. Vivió en Nimes hasta 1943. Trabajaba con su compañero en la economía sumergida pintando tarjetas y pañuelos, bordando, haciendo bolsos de rafia y plegando sobres. También colaboró en un taller de sombreros clandestino.

Tras la II Guerra Mundial residió en Toulouse, donde ejerció como médica. De forma a menudo totalmente gratuita. Ayudaba a los refugiados españoles en el sur de Francia. Murió de forma muy triste, pues perdió la conciencia. A su muerte apenas poseía 20 francos en la cartilla bancaria. La acompañaron en su entierro miles de españoles exiliados en el sur de Francia que la recordaban como una de las personas más generosas y altruistas que habían conocido. Ha sido ampliamente recordada y reconocida en Zaragoza.

4. 2. Martina Bescós García (Zaragoza, 9 / 04 / 1912 – 16 /04 / 2008)

Hija de un médico de la capital zaragozana, terminó el bachillerato en 1926. Pasó la licenciatura en medicina en 1933 y el doctorado en 1934, con la calificación de Sobresaliente y Premio Extraordinario. Compaginó su formación con su gusto por la naturaleza y en 1929 participó en la fundación de las Guías Scouts de Zaragoza.

En la Facultad de Medicina, compartió pupitre con otras cinco mujeres. Como alumna aventajada, llegó a ser jefa de prácticas en varias materias. En los últimos cursos de carrera comenzó su amplia especialización y realizó varios cursos durante los veranos en la Casa de Salud de Valdecilla (Santander), un instituto para posgraduados, y, aprovechando sus estancias para perfeccionar la lengua inglesa y francesa en Londres y Tours, visitó hospitales clínicos. En 1933 obtuvo una beca de la Junta para la Ampliación de Estudios que le permitió trabajar durante un año en el *Kaiserin Elisabeth Spital* de la Universidad de Viena sobre la “Influencia de las secreciones en la resistencia del organismo contra agentes infecciosos”; allí realizó su tesis doctoral sobre “Administración de grandes dosis de galactosa en estados normales y patológicos”, leída en la Universidad Central en junio de 1934. Ya doctora y habiendo aprobado las oposiciones de Médico de la Marina Civil y de Inspector Provincial de Sanidad, solicitó otra beca para trabajar con los profesores Schönheimer y Sperry en el Departamento de Química Biológica de la Universidad de Columbia en Nueva York, pero la Guerra Civil española impidió este desplazamiento.

Se formó con el doctor Royo Villanova en la cátedra de Patología Médica de la Universidad de Zaragoza, con el doctor Lamelas en el Hospital de Valdecilla y con el doctor Jiménez Díaz en el Hospital San Carlos de Madrid. En este hospital fue nombrada Jefa de consultas de Patología, trabajo que compaginaba con su investigación en el Instituto de Investigaciones Médicas, hasta 1937.

Hasta su muerte ejerció como médica en el radiodiagnóstico de las enfermedades cardíacas. Casó con un cardiólogo y tuvo seis hijos. Fue también profesora colaboradora en la Facultad de Medicina de Zaragoza.

6. Pioneras de Derecho

Sara Maynar Escanilla (Zaragoza, 20 / 10 / 1906 – Burbáguena, Teruel, 1986)

Nace el 20 de octubre de 1906 en la calle Cerdán de Zaragoza, hija del matrimonio formado por el abogado civilista Manuel Maynar Barnolas y Pilar Escanilla Estrada. El orden de la prole era David, Cecilia, Sara, Irma, Javier, Laura y Raquel.

Asistió a las clases del Colegio San Felipe, ubicado en lo que hoy es el Museo Gargallo, en el Palacio de los Condes de Argillo. Después pasó a un colegio privado, regentado por doña Concha Baró en la zona de Sagasta. Su siguiente salto la lleva a acabar el bachiller en el Instituto de Zaragoza, junto a la antigua Universidad en la plaza de la Magdalena.

Por entonces la familia se había trasladado a vivir a la calle San Juan y San Pedro, en un edificio que todavía conserva su familia. Realizó los primeros estudios en varios colegios privados y terminó el Bachillerato, con excelentes calificaciones, en el Instituto

de Zaragoza en 1923. Cursó la carrera de Derecho, por deseo paterno, y al mismo tiempo se licenció en Filosofía y Letras. A los veintidós años se convirtió en la primera licenciada en Derecho de Aragón, con premio extraordinario y número uno de su promoción. Casi simultáneamente, "La voz de Aragón" publica una entrevista similar firmada por J. Sanz Rubio. Como una heroína fue tratada en la revista *Estampa*, revista gráfica y literaria de la actualidad española y mundial. Con la intención de realizar el Doctorado, marchó a Madrid donde conoció a los escritores de la Generación del 27, especialmente Rafael Alberti de quien fue amiga.

A pesar de las expectativas familiares, muy pronto abandonó la abogacía para dedicarse a la docencia: auxiliar de clases prácticas de Derecho Internacional y Derecho Administrativo, en la Universidad de Zaragoza, en los cursos 1939-41, profesora interina y adjunta de griego en varios institutos y encargada de Cátedra de Filosofía y Psicología en la Escuela Normal de Magisterio de Teruel. Fue adjunta interina de Lengua Griega en el Instituto de Enseñanza Media de Calatayud (Zaragoza) durante los cursos 41-42 y 42-43.

En 1944 obtiene por oposición la plaza de profesora adjunta de Lengua Griega en el Instituto de Enseñanza Media de Teruel, donde dio clases los años 45 hasta el 50. En 1950 se trasladó como profesora de Lengua y Literatura al recién creado Instituto Laboral (masculino) de Alcañiz. En enero de 1951, a los quince días de haber comenzado las clases, fue nombrada Directora, cargo en el que permaneció hasta 1976.

En 1967 convirtió el instituto laboral en instituto de bachillerato y logró que el instituto fuera masculino y femenino, aunque en un primer momento las chicas asistieron a clases separadas de los chicos. Por su labor docente y como directora mereció el reconocimiento del Ministerio de Educación con la Medalla de Alfonso X el Sabio, en su categoría de Lazo, y de la Delegación Nacional de Juventudes con la Medalla de Plata de la Juventud.

Su sensibilidad social y el alto concepto que tenía de la educación en general y de la formación de las mujeres en particular, la llevaron a asumir personalmente ayudas económicas para que pudieran continuar sus estudios, sobre todo, las jóvenes que lo necesitasen. Era reconocida como excelente profesora de Literatura por numerosas generaciones de estudiantes que la siguieron visitando tras su jubilación. Fue una prolífica escritora, brillante conferenciante y activa esperantista. También fue concejala del Ayuntamiento de Alcañiz, cargo que prolongó tras su jubilación hasta terminar su mandato.

El año 2009 el Ayuntamiento de Zaragoza puso su nombre a una calle de la ciudad que hasta entonces se había llamado Crucero Baleares.

7. A modo de conclusión

Confío en que hayan disfrutado con mi exposición y que esta no les haya resultado aburrida o pesada. Perdonen que, sin querer, les haya retenido tanto rato.

Quisiera insistir, para terminar, en que el análisis de la trayectoria vital y, sobre todo, académica de las pioneras universitarias aragonesas de los años 20 del siglo XX, nos muestra que fueron mujeres firmes en su vocación, coherentes con ella y,

especialmente, volcadas siempre en el servicio a los demás. Forman parte del collar de héroes anónimos y heroínas anónimas de nuestra sociedad, con profunda inteligencia, laboriosidad y sentido de la responsabilidad y de la dignidad.

Muchas gracias por su comprensiva y paciente atención.